

MANUEL FELGUERREZ ESPACIO MULTIPLE

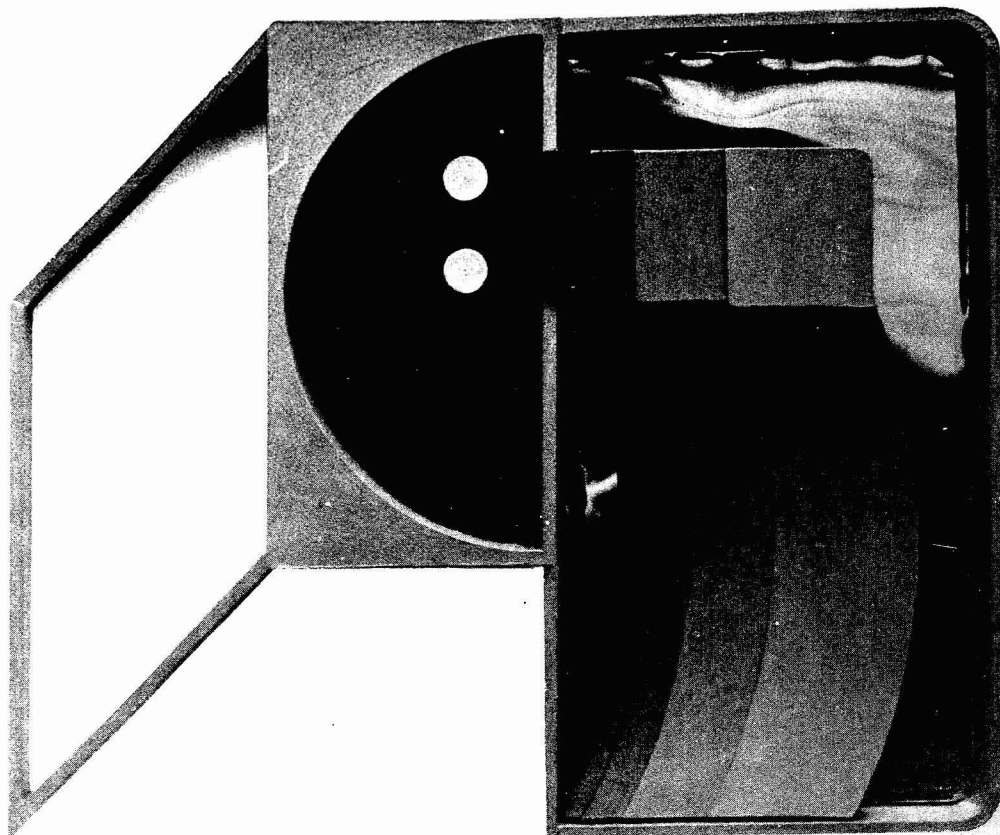
El diálogo entre la materia y el espíritu que desde su principio ha alimentado las oscilaciones mediante las cuales se hacía visible la obra de Manuel Felguérez, se ha abierto a una continuidad donde lo que se afirma es la noción misma de diálogo. Deshecha por el propio artista la unidad de cada obra en cuanto creación cerrada en cuya interioridad se alojará objetivizándose la subjetividad del creador, la obra no parece buscar más que una cercanía, una vecindad con su semejante en el que se refleja. Multiplicación sin centro. No hay más elección que la variación. Felguérez ha escogido finalmente, si atendemos a su última exposición en el Museo de Arte Moderno, la repetición que es siempre diferencia. Pero hay que detenerse en ese camino.

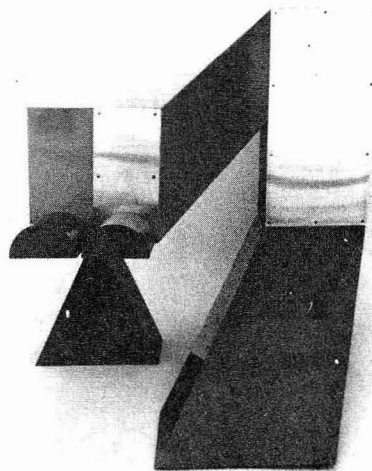
El movimiento en que las obras de Manuel Felguérez se constituirían ha sido incesante en la dirección de construir, de hacer aparecer, tanto en la escultura, como en la pintura, como en el relieve mural. Atracción por el color, por las texturas, por los volúmenes y aun por los objetos en tanto objetos. Siempre un espacio; pero el artista estaba en el centro, concertando las voces, determinando el acento. Sobre el silencio del mundo, la voluntad de forma, el rumor del espíritu, para convertir ese silencio en voz que guarda la verdad del silencio al mostrarla; sobre el ritmo de la voz, rumor siempre inaudible, el silencio del mundo que al acogerlo le permite o lo obliga a resonar sobre su materia y silenciándola guarda la verdad de la voz. Podemos llamar también a la voluntad de forma, al espíritu, idea. Manuel Felguérez ha conservado y alimentado una obsesión por el valor y el lugar de la idea dentro del arte, como si temiera su desaparición en la densa realidad de la obra, como si la obra destruyera absorbiéndola a la fuerza que la hizo posible. Y el caso es que en las artes plásticas, la idea desaparece, se convierte en materia, se materializa: tal es la exigencia de la creación. Lo que hay que atacar entonces es

la noción de obra en tanto unidad dentro de la que todo se pierde para que la obra exista en su soledad. Si el aparecer que es toda obra nos permite desde su presencia cerrada volvernos hacia su comentario para determinar los elementos que la constituyeron y remontarnos hasta los orígenes del diálogo que se realiza en el interior del artista y que la obra hace exterior, hay que conservar abierta en la obra la vía de acceso hacia ese diálogo como parte indispensable del arte. Y la obra se hace entonces crítica también, contiene su propio comentario. Crítica de la creación en tanto forma cerrada por parte de la idea; pero igualmente crítica de la idea en tanto puro concepto sin forma por parte de la forma a la que esa idea requiere para mostrarse. Finalmente, creación y crítica unidas en su separación, fijas en su diversidad. Un diálogo sin fin que no busca más que la continuidad del diálogo.

En este sentido, *El espacio múltiple*, como acertadamente ha querido llamar Manuel Felguérez a su última exposición, es una deslumbrante fábrica de signos que no señalan hacia ningún lado más que hacia sí

misos. Reflejo de reflejos: abriendo su interioridad la obra ha vuelto a cerrarse. Pero en ese momento entra en juego el valor de la repetición. Como él mismo dice en el preciso enunciado de sus propósitos, Felguérez busca a "partir de unos cuantos conceptos geométricos simples" llegar a "producir una forma-idea" básica. Esa forma-idea es un módulo arbitrariamente elegido, sin ningún significado ni ninguna utilidad más allá de las posibilidades combinatorias que el artista supone en las formas que ha elegido para constituirlo. Desde ese módulo, la obra empieza a desplegarse como una multiplicidad de variaciones que reflejándose entre sí repiten el modelo central pero también finalmente, por medio de su propio aparecer, lo anulan o lo destruyen: primero, un cuadro que se dobla en una serigrafía que lo muestra igual a sí mismo dentro de un medio diferente y abre, por tanto, una interrogación sobre el carácter único de su identidad; pero luego, además, el cuadro y la serigrafía o el módulo original —da lo mismo: el punto de partida está cada vez más disuelto o muestra con mayor claridad su irrelevancia—, dan





lugar a que se produzca un relieve, y todavía de él nacerá una escultura. Ya no sólo el medio sino también el volumen en que la obra se manifiesta y que la obra manifiesta se han modificado. Nos encontramos, precisamente, ante un "espacio múltiple". ¿Cuál es el centro de ese espacio? La respuesta sólo puede encontrarse en el seno de la repetición; y lo que la repetición nos muestra, haciendo cada obra igual en su diferencia y destruyendo la naturaleza cerrada de su supuesta identidad única, es que no hay centro: hay una multiplicidad mediante la cual el espacio se hace visible a través del movimiento que lo configura. Entonces, el signo que cada obra crea, al repetirlo y multiplicarlo, es obligado por el artista a mostrar no sólo que no señala hacia ningún lado más que hacia sí mismo, sino que no tiene, además, ningún significado más allá del que le entrega su propia aparición en el espacio que él afirma y que lo afirma como signo, o sea: que carece de interioridad, que sólo está formado por la exterioridad que lo muestra y que dentro de esa exterioridad no hay nada. Pero al desplegarse en el espacio que hace posible, al repetirse y multiplicarse, el

signo hace posible también el movimiento del espacio: la sucesión que forma la realidad: una pura superficie sin fondo, como la obra de Manuel Felguérez. Esa deslumbrante e inagotable superficie, en la que todos los colores, todas las formas, en todas las dimensiones, desdoblándose, repitiéndose, multiplicándose, pueden aparecer creando el brillo mediante el cual se manifiesta el esplendor mismo de las apariencias que forman el mundo, es, sin embargo, la realidad.

Cada artista pone en su obra la verdad que ha elegido mediante el procedimiento que emplea para hacer posible esa obra. *El espacio múltiple* ataca y disuelve la noción de obra única, cerrada, para poner en su lugar un puro sistema de relaciones que se apoyan y reflejan entre sí sin ningún centro; pero al hacerlo también ataca y disuelve la noción de autor. Este no encuentra un significado que va a hacer evidente convirtiendo a la obra en su representación, sino que parte de la ausencia de todo significado que la obra enseña al anularse como signo único y hallar su verdad en la repetición que la refleja y que ella refleja. El artista va a encontrar su propia iden-

tidad en la obra; en vez de dársela a ella a partir de sí mismo, espera que la obra se la otorgue. Y la obra le entrega su ausencia de significado: la negación de toda identidad. Viaje de una nada a otra nada. El autor sólo puede encontrarse en su desaparición dentro de la serie. Nos hallamos ante el pensamiento de nadie que alguien ha logrado hacer presente por medio de la forma-idea aceptando que el pensamiento lo piensa. Así, la exposición desaloja definitivamente al pintor de sí mismo.

Sólo en esos términos podemos encontrar el sentido de la belleza de las formas que nos propone *El espacio múltiple*. Esa belleza descansa en la neutralidad. Ninguna subjetividad la alimenta. Cada color, cada forma, cada volumen podría ser otro; su valor es un valor de relación. No hay un punto de partida original en tanto que no hay origen, sino la casualidad que determina la creación del módulo en el que la forma-idea se manifiesta precisamente desde la neutralidad de "unos cuantos conceptos geométricos simples". Y de hecho, cada color, cada forma, cada volumen son otros, como la exposición nos lo demuestra, en la serie vecina que descansa en el mismo principio. El conjunto crea la espejeante superficie que es *El espacio múltiple*. Dentro de esa superficie, cada cuadro, cada serigrafía, cada relieve, cada escultura son un brillo que surge y se destaca como la espuma que forma la cresta de las olas en el mar; pero esta intensidad particular de cada obra nada más tiene valor y sentido y es posible dentro de la totalidad de un movimiento sin principio ni fin. El diálogo entre la materia y el espíritu, entre la forma y la idea, comienza de pronto desde un punto que es imposible situar, regresa, recomienza, se repite multiplicándose y afirmándose en la repetición, se manifiesta como un rumor continuo en cuya densidad se aloja el agudo levantamiento que es cada obra. Provocar ese levantamiento que lo pierde y en el que se pierde es la alta tarea como artista de Manuel Felguérez.

